

TRIBUNA | ENSEÑANZA El autor defiende una universidad entendida como espacio de búsqueda de la verdad en base a la argumentación y la investigación, evitando convertirse en un lugar de adoctrinamiento indentitario

La universidad, un espacio de alto riesgo

GREGORIO LURI

VIVIMOS unos tiempos singulares. La ortodoxia se ha hecho de izquierdas y solo quedamos los conservadores para preservar los espacios que tienen el deber de ser heterodoxos. Pero no voy a malgastar este espacio criticando las ocurrencias del *wokismo*, la cultura de la cancelación u otros fenómenos similares que, a mi modo de ver, son meros síntomas de una necesidad de ortodoxia, de límites claros... puesta de manifiesto en el lugar más equivocado, porque la universidad está concebida para incordiar. Si no se lo creen, revisen la historia de la escolástica. Las universidades nacen para desarrollar algo altísimamente improbable que sólo podía surgir en Europa: una teología, es decir, un *logos* sobre *theós*. Mientras judíos y musulmanes crean centros de estudio para aclarar la aplicación de la ley, los cristianos optan por la hipérbole, porque la prudencia no es una virtud intelectual.

Defender la universidad es defender un espacio de riesgo, de audacia, en el que se piensa al límite, intentando llevar a la práctica aquel consejo de Heráclito: «No me escuchéis a mí, sino a los *logos*».

La universidad está concebida para vivir en la incomodidad del libre pensamiento y convivir con tesis que no solo desagradan, sino que con frecuencia ofenden, pero que sólo se deben intentar acallar con argumentos. Pongamos un ejemplo señero.

En 1935 un grupo de ciudadanos influyentes de Chicago intentó domesticar la universidad de esta ciudad con una campaña de desprestigio dirigida por un poderoso hombre de negocios, Charles R. Walgreen, y apoyada por Randolph Hearst. La acusaban de ser un foco de irradiación del comunismo en los Estados Unidos y señalaban a ciertos profesores como prueba. Posiblemente se hubieran salido con la suya si en frente no se hubiesen encontrado con un tomista, el rector Robert Maynard Hutchins, al que le importaban un comino la vida privada, la militancia política o las opiniones personales de un profesor. Lo único que le parecía digno de consideración era su competencia profesional. En un famoso discurso radiado se justificó con los siguientes argumentos.

Una universidad, comenzó diciendo, no es otra cosa que una comunidad científica. «No es un jardín de infancia; no es un club; no es un reformatorio; no es un partido político; no es una agencia de propaganda». La universidad tiene el deber de corromper a los jóvenes. Para aclarar sus palabras recurrió a un ejemplo señero: «Sócrates decía que la única cosa que sabía positivamente era que estaba obligado a investigar». Investigar

es buscar, desbrozar caminos, exponerse, poner en cuestión todos los problemas importantes. Esto era así en tiempos de Sócrates y lo es en la actualidad. «Puede encontrarse a Sócrates discutiendo incluso de comunismo en la República de Platón. La acusación que permitió la ejecución de Sócrates es la misma que actualmente se lanza sobre nuestros profesores: la de corromper a la juventud». El que tiene un espíritu científico no pretende otra cosa que, a su manera, «seguir la profesión de Sócrates». «Algunas personas hablan como si desearan para nuestros científicos el destino que padeció Sócrates. Deberíamos recordarles que los atenienses se quedaron sin Sócrates cuando acabaron con él».

La universidad no era una amenaza para la democracia, sino que, al contrario, su independencia probaba su fortaleza. «En América hemos depositado tal confianza en la democracia que estamos dispuestos a mantener instituciones educativas de la más alta calidad para que busquen la verdad y, cuando la encuentren, la comuniquen a nuestro pueblo. No tenemos miedo a la verdad, ni nos atemoriza pensar que puede surgir del choque entre las opiniones. El pueblo norteamericano debe decidir si continuará tolerando la búsqueda de la verdad».

De la capación de convicción de Hutchins es prueba la *conversión* de Charles R. Walgreen, que concedió más de medio millón de dólares a la universidad para poner en marcha la Charles R. Walgreen Foundation, con el objeto de estudiar las instituciones americanas.

Recordemos que estamos hablando de 1935, dos años después de que Heidegger pronunciara su vergonzoso *discurso del rectorado* en el que ponía la universidad alemana a los pies de Hitler.

En España, Gumerindo de Azcárate, había dicho lo mismo que Hutchins de forma mucho más sucinta: «La Universidad no es política, ni liberal, ni conservadora, ni escolástica, ni socialista, ni individualista, ni transformista; la Universidad es científica, y, por lo tanto, no sabe nada particularmente de todos esos aspectos, no tiene más vínculo de unión que ese acendrado amor a la verdad».

Entre los muchísimos intelectuales sobresalientes que se formaron en la Universidad de Chicago se encuentran George Steiner y Susan Sontag.

Steiner elogia en *Errata* al «legendario *condottiere*», Maynard Hutchins y su desdén por «el absurdo infantilismo y la banalidad dominantes en la mayoría de los planes de estudio académicos». Subraya con énfasis la intensidad de la vida universitaria: «Sólo

un Philip Roth podría expresar con palabras la electricidad, el resplandor de la vida cotidiana en la Universidad de Chicago a finales de los años 40». En otro lugar añade que Hutchins detestaba la dejadez, la mediocridad, la cobardía, y no ocultaba su grado de exigencia.

Susan Sontag tenía a la de Chicago por «la más importante de mis universidades» precisamente por su elitismo. «Creo —comentó en una ocasión— que la mayor parte de lo que se considera elitista es una máscara para el antiintelectualismo». Añade que para Hutchins una educación rigurosa era el medio para la transformación del país. La prueba es que Chicago fue la primera de las grandes universidades en aceptar a hombres y mujeres en pie de igualdad y hacia 1940 había concedido el doctorado a 45 estudiantes afroamericanas. Hutchins no pretendía servir a una élite, sino crearla.

Hutchins, como buen tomista, no era puritano. La misma Sontag reconoce que en la Universidad, «el sexo formaba parte de la educación en la misma medida que Sócrates». Tampoco era, en absoluto, ajeno a la cultura científica. De hecho, en 1942, bajo las gradas del estadio abandonado para levantar una biblioteca, Enrico Fermi construyó el primer reactor nuclear del mundo.

Terminaré con un texto de Maeztu titulado *La crisis liberal*, publicado en *La Nación* en 1927.

Comienza afirmando que la diferencia entre Stuart Mill y Bertrand Russell es que el primero sirvió de levedura a dos generaciones, mientras que el segundo, a pesar de su agudeza, «es el excéntrico cuyo talento se reconoce, pero a quien nadie sigue». Sus obras pueden tener muchos lectores, pero pocos seguidores. Maeztu critica especialmente el «principio del crecimiento libre» que propugnaba Russell, según el cual debe permitirse que el niño vaya descubriendo el mundo a su aire. Eso quizás le proporcione, dice Maeztu, un cuerpo robusto, pero «ningún padre ha creído nunca que su hijo se desarrollará mejor si deja rienda suelta a las tendencias de crueldad, de mentira, de vanagloria, de avaricia y de glotonería que todos los niños manifiestan». A continuación, recuerda una conferencia impartida por el filósofo inglés en un centro gremialista londinense en la que «habló, como de costumbre, contra el Estado y su funesta intervención en los negocios del espíritu». Uno de los asistentes, que sospecho que sería el mismo Maeztu, recordando que Russell era profesor de la Universidad de



RAÚL ARIAS

La universidad está concebida para vivir con tesis que con frecuencia ofenden, pero que sólo se intentan acallar con argumentos

Cambridge, le preguntó: «Cree mister Russell que los discursos de Marble Arch, que son libres, alcanzan un nivel intelectual más alto que las conferencias de Cambridge, más o menos controladas por el Gobierno?». Russell lo negó. Maeztu concluye: «Es posible que a estas fechas no se haya enterado de que su no implica el reconocimiento de que el pensamiento humano debe infinitamente más a las instituciones que obligan a pensar que no al mero permiso de pensar».

La Universidad está para estimular el pensamiento riguroso sin dejarse amedrentar por los aduaneros del *logos*.

Gregorio Luri es autor de 'La imaginación conservadora'. 'La escuela no es un parque de atracciones' o 'La mermelada sentimental'.